

25 cuentos del  
**Mediterráneo**

Jean Muzi



**EDITEX**



# Prólogo

*Invito a los lectores a un viaje por el Mediterráneo, presentándoles cuentos del Mahgreb, Egipto, el Machrek, Fenicia, Turquía y Europa. Empieza y termina a un lado y otro del estrecho de Gibraltar, allí donde se mezclan las aguas del Mediterráneo y del Atlántico.*

*Partimos de Tánger, próximo a las grutas de Hércules donde, según la mitología griega, este pudo descansar después de finalizar con éxito sus doce trabajos. Tánger, desde donde se vislumbra Europa en los días claros. Tánger, situada frente a Gibraltar. Este peñón y el monte Abyla (de Ceuta) constituyen las denominadas columnas de Hércules.*

*Según la leyenda, Gibraltar estaba unida a África por un túnel bajo el estrecho, de veinticuatro kilómetros de largo, que los monos recorrieron para ir a instalarse en el peñón. Sus descendientes son hoy los únicos macacos silvestres que viven en Europa. La leyenda añade que el día que deje de haber monos en Gibraltar, los británicos desaparecerán también. Durante la Segunda Guerra Mundial, el número de macacos se había reducido tanto que los ingleses hicieron traer más del norte de África para repoblar la Roca.*

*Durante su viaje a través de los cuentos de este libro, los lectores harán escala en varias islas, puntos de encuentro entre las orillas soleadas del Mediterráneo, donde perduran las huellas de civilizaciones prestigiosas, y descubrirán algunas de las riquezas de los tres continentes que lo bordean.*

*Parece ser que, de todos los mares, el primero por el que se navegó de otro modo que no fuera a lo largo de las costas fue aquel donde hicieron su aparición los dioses helénicos<sup>1</sup>, el mar*

---

<sup>1</sup> Relativos a Grecia.

surcado por los navíos<sup>2</sup> de Ulises y Eneas, el Mediterráneo de Homero y Virgilio, cuna de nuestra civilización.

Los romanos llamaban al Mediterráneo «Mare internum», el mar interior, o también «Mare nostrum», nuestro mar. Fue el eje vital de su inmenso imperio.

En las costas orientales del Gran azul<sup>3</sup> se instalaron los fenicios, considerados inventores del alfabeto. Todos los pueblos de la Antigüedad se inclinaban ante su dominio del mar. Grandes navegantes y hábiles comerciantes, llevaban a cabo sus negocios en un clima de confianza. Según cuenta Herodoto\*, tras haber echado el ancla, los fenicios desembarcaban sus mercancías y las exponían en la orilla. A continuación, regresaban a sus barcos y hacían humo. Cuando lo veían, los indígenas se acercaban a las mercancías para examinarlas y depositaban a su lado el oro que proponían a cambio, antes de retirarse. Los fenicios desembarcaban de nuevo, para ver el importe de la oferta. Si consideraban que correspondía al valor de la mercancía, lo tomaban y se marchaban. En caso contrario, volvían a sus navíos y esperaban. Los indígenas acudían de nuevo y añadían oro. Los fenicios no eran solo grandes navegantes y hábiles comerciantes, también eran excelentes guerreros. La más célebre de sus naves de guerra, bautizada por los autores de la Antigüedad como la «Reina del Mediterráneo», era el trirremo<sup>4</sup>.

El contorno de la cuenca mediterránea presenta los mismos paisajes y abriga pueblos sometidos a condiciones naturales idénticas. En el siglo XII, el mar resultaba temible durante la estación invernal, periodo durante el que los marinos evitaban hacerse a la mar. La vid, el trigo y el olivo procuraban apenas la

---

2 Barco de vela grande.

3 Expresión que designa el Mediterráneo.

4 Navío en el que los remeros estaban colocados en tres filas escalonadas.

\* Las palabras o expresiones seguidas de asterisco se explican al final de la obra.

*subsistencia de las poblaciones. Idrisi, el geógrafo árabe que elaboró en aquella misma época un mapa del Mediterráneo, afirmaba que el mar bañaba las costas meridionales de al-Andalus\* y se extendía hasta Antioquía. Precisaba que se necesitaban treinta y seis días de navegación para recorrerlo de Oeste a Este.*

*El Mediterráneo es un vasto espacio geográfico bañado de luz y sol, al este del cual han nacido las religiones monoteístas<sup>5</sup> y cuyas culturas son a la vez diferentes y muy cercanas. Los cuentos tradicionales que he reunido en este libro son un reflejo de ello. Los he vuelto a escribir cuidadosamente y los he adaptado recortando o desarrollando el texto para facilitar su comprensión.*

Jean MUZI

---

5 Que aceptan la existencia de un solo dios.



*Feliz aquel que, como Ulises, ha  
hecho un buen viaje...*





# 1

## Las dos princesas MARRUECOS



*¿Los sueños son premonitorios como piensan las dos  
princesas de este cuento?*

**U**n sultán vivía en un palacio de columnas de mármol con paredes decoradas de zelliges<sup>1</sup>. Los techos de estuco<sup>2</sup> delicadamente tallados, estaban surcados por caligrafías cúficas<sup>3</sup> bordeadas de frisos florales. Alrededor del palacio se extendían vastos jardines exuberantes alegrados por el canto de las aves exóticas prisioneras en las pajareras.

Cuando decidían callar, era para dejar hablar al murmullo, el chapoteo, la melodía monótona de los surtidores de agua que

<sup>1</sup> Mosaicos árabes tradicionales.

<sup>2</sup> Escayola decorativa trabajada por auténticos escultores.

<sup>3</sup> Estilo de escritura árabe angulosa y geométrica.

brotaban triunfantes y verticales antes de estallar, dislocarse y volver a caer como una lluvia en las pilas que bordeaban los senderos. Encerrados entre altos muros de color ocre que los protegían de la mirada curiosa de la ciudad bulliciosa, los jardines amansaban con su frescor el ardor del sol.

El sultán tenía un hermano que había perdido toda su fortuna en negocios arriesgados y se había visto obligado a vivir con su familia en una casa modesta. Los dos tenían una hija de dieciocho años. El sultán había dispuesto que las dos primas se criasen juntas. Desde su más tierna infancia, les había proporcionado la misma educación, impartida por una institutriz que vivía en el palacio. La prima pobre era muy bella y se llamaba Djamila. Lila, la hija del sultán, no había sido agraciada por la naturaleza y todos la encontraban fea. Las dos primas se llevaban bien y tenían una relación excelente con su institutriz. Le confiaban sus secretos, le pedían consejo y a menudo la consultaban.

Una mañana, Djamila se dirigió a ella con una sonrisa en los labios.

—He tenido un sueño extraño esta noche —le dijo—. Estaba mirando el mar a través de un *mucharabieh*<sup>4</sup>, cuando he visto un barco majestuoso. Se deslizaba sobre el azul del Mediterráneo, sobrevolado por inmensos pájaros blancos, que salmodiaban<sup>5</sup> con voz metálica una frase cuyas palabras se podían leer bordadas en letras de oro en las inmensas velas verdes, flotando al viento como los estandartes de los conquistadores del Islam:

*«Por todo el Mediterráneo,  
busco a la hija de un príncipe arruinado».*

---

4 En la arquitectura árabe, balcón totalmente cerrado por una celosía de madera torneada que forma un avance por delante de la ventana y permite ver sin ser visto.

5 Hablar, entonar o recitar algo con cadencia monótona.

—¡Qué bello sueño! —exclamó la institutriz.

—Creo que anuncia la llegada de un rico pretendiente, puede que incluso un príncipe —comentó Djamila.

—Los sueños no son premonitorios, no anuncian nada ni advierten de nada, salvo en los cuentos. Tu sueño no es más que la satisfacción de un deseo —explicó la institutriz.

—Entonces, no hay que creer en ellos —dijo Djamila, decepcionada.

—Yo sí que creo —afirmó Lila—. Y si el patrón del navío fuese el hijo de un rey, solo podría venir a buscarme a mí.

—El sueño ha elegido a su destinataria —argumentó la institutriz.

—En ese caso, Djamila, véndeme tu sueño.

—Pero prima querida, ¡los sueños no se venden!

Furiosa, Lila se alejó sollozando. La institutriz se acercó a Djamila y le habló al oído.

—Ya que tu familia sufre necesidad y tu prima tiene tanto, acepta venderle tu sueño. No arriesgas nada, porque su destino está escrito. Véndeles muy caro tu sueño, para ayudar a los tuyos.

Y así lo hizo Djamila.

Algunas semanas después, la institutriz y sus dos pupilas estaban mirando el mar por una de las ventanas del palacio cuando vieron aproximarse a la costa a un magnífico navío.

—¡Es el navío que vi en mi sueño! —exclamó Djamila.

—No es tuyo, sino mío, porque me lo has vendido —sustrayó Lila antes de ir a avisar al sultán de la llegada del barco.

—Y pensar que le he vendido mi sueño —se lamentó Djamila.

—Cálmate —le aconsejó la institutriz—. Este barco no es el de tu sueño.

—¡Sí lo es!

—Mira bien. No tiene nada escrito en las velas.

Djamila comprobó que la institutriz tenía razón y sonrió.

Del barco, que acababa de atracar, bajó un hombre anciano de porte majestuoso. Era el rey de una gran isla del Mediterráneo. Venía rodeado de guardias, y a su lado estaba su hijo, un hombre joven de aspecto agradable. Se dirigieron al palacio real. Venían a pedir la mano de la hija del sultán. Este los recibió con los honores que les correspondían.

Al día siguiente, se organizó un gran banquete. Dado que las costumbres no permitían que la princesa tomara parte en ellos, el pretendiente había pedido que Lila apareciese al final de la comida con el aguamanil<sup>6</sup> para aclararse los dedos. De este modo, tendría ocasión de entreverla un instante.

Como Lila era fea, pidieron a Djamila que la sustituyera.

Aconsejada por la institutriz, exigió a cambio bellas joyas, que le entregaron. Cuando vertió el agua en las manos del príncipe, este quedó subyugado por su belleza. Le entregó furtivamente una pequeña manzana de oro que ella escondió bajo su blusa.

Por la tarde, el príncipe pidió oficialmente la mano de la hija del sultán, que este le concedió. Las bodas tendrían lugar algunos días más tarde. Durante todos los festejos, el rostro de Lila estuvo disimulado bajo su velo. Fue al quitárselo, una vez solos en la alcoba nupcial, cuando el príncipe comprendió que había sido engañado. Su esposa le pareció tan fea que la repudió<sup>7</sup> de inmediato. Tras encerrar a Lila en la estancia, el príncipe fue a informar a su padre. Los dos hombres se marcharon a toda prisa del palacio y su navío zarpó de madrugada sin que a nadie se le ocurriese dar la alarma.

El sultán no supo lo que había pasado hasta varias horas después. Se sintió muy contrariado y quiso vengar a su hija.

---

<sup>6</sup> Jarra con pico para el agua.

<sup>7</sup> Anular el matrimonio. En los países islámicos, los hombres poseen este derecho.

Pero Lila demostró su inteligencia. Suplicó a su padre que olvidase la humillación que habían sufrido, puesto que ellos mismos habían también ofendido al príncipe intentando engañarle.

—El príncipe está enamorado de Djamila —le dijo—. Ha actuado así impulsado por un sentimiento sincero. No debemos tenérselo en cuenta. Permite que se case con mi prima y vivamos en paz.

El sultán aceptó. Tras consultar al padre de Djamila, pidió a la institutriz que acompañase a la joven hasta la isla donde vivía el príncipe. Partieron dos semanas más tarde a bordo de un navío perteneciente a la flota real. El Mediterráneo estaba en calma y el viaje resultó agradable.

Cuando llegaron a la isla, se dirigieron al palacio y pidieron ver al príncipe. Les contestaron que hacía tiempo que ya no recibía a nadie, porque estaba indispuesto. Entonces, Djamila sacó del bolsillo la manzanita de oro que él le había entregado. Se la confió al guarda y le pidió que se la llevase al príncipe enseguida. Cuando la vio, se levantó al momento. Ordenó inmediatamente que dejasen entrar a las dos mujeres.

El príncipe obtuvo de su padre licencia para casarse al día siguiente. No se celebró ningún festejo aquel día. El príncipe prefirió esperar a que llegaran los padres de su mujer para organizar las celebraciones. La pareja vivió feliz y tuvo varios hijos. Gracias a la generosidad de su yerno, el padre de Djamila pudo construirse un pequeño palacio donde vivió dignamente con su mujer.

A la muerte de su padre, el marido de Djamila accedió al trono. Durante su reinado, se dedicó a desarrollar las relaciones políticas, comerciales y culturales entre su reino y aquel donde había nacido su esposa.



## 2

# Djeha y el mar

ARGELIA

*Lo bello y lo bueno no siempre van de la mano.*

**D**jeha vivía en una pequeña aldea de Cabilia y nunca había visto el mar. Sin embargo, había oído hablar mucho de él a su vecino, Said, que hacía algunos años había viajado en barco para ir en peregrinaje hasta La Meca\*. Era un anciano a quien todos llamaban Hajj\* desde que había visitado los lugares sagrados del Islam.

Como todo buen musulmán, Djeha estaba firmemente decidido a visitar un día La Meca, Medina\* y, quién sabe, puede que incluso Jerusalén\*. Pero le faltaba mucho hasta reunir la suma necesaria para semejante viaje. Había nacido pobre, y seguía siéndolo. Así era la voluntad de Alá<sup>8</sup>.

Había pensado hacer el viaje en burro y había consultado a Said al respecto, pero este se lo había desaconsejado. Sin embargo, Djeha no había renunciado completamente a la idea, aunque era consciente de que resultaría difícil, sobre todo con un animal como el suyo, que sufría desnutrición y empezaba a hacerse viejo. Para llegar a La Meca en burro, tenía que bordear el Mediterráneo, atravesar gran parte de

---

8 Dios.

Argelia, luego Túnez, Libia, Egipto y el golfo de Akaba, antes de poner por fin pie en suelo saudí y continuar a lo largo del mar Rojo. Era un viaje muy largo, como el que hacían en tiempos los peregrinos, que se agrupaban para formar caravanas de dromedarios. Un viaje agotador, durante el que muchos morían antes incluso de llegar a La Meca; porque durante la travesía de los desiertos de arena ocre o de piedras pardas, nadie estaba a salvo de la enfermedad, de la insolación ni de encontrar un pozo que resultara estar seco. Además, era un viaje peligroso por culpa de los ataques de los beduinos bandoleros, al acecho de peregrinos que desvalijar cuando a ellos les faltaba lo esencial y tenían que garantizarse su propia supervivencia.

Mientras esperaba poder realizar el viaje de su vida, Djeha decidió ir a ver el mar. Partió con su asno y tardó varios días en llegar a la costa. Las olas rompían contra las rocas. Eran de un azul intenso, coronado por una cresta de espuma inmaculada. Era la primera vez que Djeha contemplaba este espectáculo. Estuvo mucho tiempo mirando el agua desde lejos, antes de atreverse a acercarse. Quedó impresionado por la inmensidad del mar y le pareció bello. Al final, se bajó del burro. El animal se puso a rebuznar, al ver a su amo adentrarse en el mar. Pero Djeha no se alejó mucho. Se detuvo cuando el agua le llegaba a las rodillas y se agachó para coger un poco en el hueco de sus manos. La probó, pero le resultó tan salada que la escupió al momento.

—¡Lo que es bello, no es necesariamente bueno para comer o beber! —suspiró.



# 3

## En el Mediterráneo

### TÚNEZ

*Se dice que los peces del Mediterráneo  
son diferentes de los que viven en otras aguas*

**U**n hombre había hecho fortuna yendo a comprar a la otra punta del mundo mercancías que revendía en los puertos del Mediterráneo.

Un día, mientras se encontraba en un país lejano, descubrió un producto que hasta entonces no había visto en ninguna parte. «Si todo el mundo poseyera un poco...», se dijo, «...la vida sería mucho más agradable». Compró grandes cantidades, que hizo cargar en las bodegas de su barco de vela, y emprendió el camino de regreso.

Empujado por vientos favorables, el barco subió rápidamente hacia el Norte, a lo largo de las costas africanas. Dejó atrás el Atlántico y atravesó el Estrecho de Gibraltar, hasta llegar al Mediterráneo, el *Mare nostrum*\* de los antiguos romanos, que baña las orillas de tres continentes. «La gente se disputará el producto que les traigo», se regocijaba el comerciante, pensando en todos los lugares donde podría liquidar su cargamento y, sobre todo, en los grandes beneficios que conseguiría.



Su barco hizo la primera escala en un puerto del norte de África. Se informó a la población de que un navío que transportaba un cargamento de sensatez acababa de atracar. Pero no se presentó ni un solo comprador. «Sensatez, ¡de eso ya tenemos!», decían todos. Muy contrariado, el mercader decidió ir a otro lugar y dio la orden de levar ancla.

El barco navegó de puerto en puerto. En ningún país, sin importar el precio que pedía, aunque fuese irrisorio, persona alguna se dignó a comprarle nada. Y cuando el comerciante terminó su periplo alrededor del Mediterráneo, las bodegas de su navío seguían tan llenas como al principio.

«Más vale que me deshaga de esta mercancía», se dijo, y dio orden a sus marineros para que la tirasen por la borda. Los peces la probaron y les supo bien. Ni que decir tiene que, en esta operación, el mercader perdió mucho dinero. Pero desde entonces, se cuenta que los peces del Mediterráneo tienen mucha más sensatez que los de cualquier otro lugar.

# 4

## El pescador y el gigante

MALTA



*No es la fuerza la que da la soberanía,  
sino la inteligencia la que es en todas partes soberana.*

Todas las mañanas, un pescador se hacía a la mar con su barca para izar sus redes. Aquel día, la pesca había sido fructífera. La barca, entorpecida por el peso de los peces, resultaba más difícil de manejar. De espaldas a la orilla, el hombre remaba y se esforzaba por volver. Le costaba, pero estaba contento. Enseguida vendería el fruto de su pesca en el mercado y sacaría un buen precio.

Cuando la barca llegó a la playa, el pescador saltó sobre los gujarros y vio dos pies descalzos gigantescos, con unos



dedos enormes. Sobresaltado, levantó la cabeza y vio a un gigante que lo miraba con aire severo.

—Hombrecillo —le espetó—, ¿quién te ha autorizado a saquear mi despensa?

—No entiendo de qué me habla.

—¡Hablo del mar!

—Pero el mar es de todos...

—Desengáñate, el Mediterráneo me pertenece y esos que has pescado son mis peces.

—Toda la vida he pescado por aquí, al igual que mi padre y mi abuelo.

—Cállate —le ordenó el gigante—, o te comeré de un bocado.

—De acuerdo —murmuró el pescador.

—Como tengo buen talante, te daré una oportunidad. Te propongo que luchemos. Si eres más fuerte que yo, te dejaré vivir. Si no, morirás.

—Solo los perros vagabundos se pelean —dijo el pescador, que prefería no tener que enfrentarse al gigante—. Mejor, vamos a ver de qué es capaz cada uno.

—Me gusta tu idea, así que yo empezaré.

El gigante se agachó, tomó un guijarro, lo apretó en la mano y lo convirtió en polvo. El pescador hizo como que recogía uno y disimuladamente sacó de su zurrón un queso pequeño, que aplastó en la mano. Chorreó un poco de leche, ante el asombro del gigante, que estaba convencido de que lo que el pescador apretaba era un guijarro. «Este hombrecillo es más fuerte que yo», pensó.

—Te toca proponer una prueba —dijo el gigante.

El pescador recogió un guijarro plano, se internó unos pasos en el mar, que estaba sereno, se agachó hacia un lado y, con un movimiento decidido lo lanzó rozando las olas. El proyectil rebotó sobre el agua en diez ocasiones, antes

de desaparecer. El gigante quiso imitar a su adversario. Se apoderó del primer guijarro que tenía a sus pies. Era grande, redondo y pesado. El gigante probó a lanzarlo, pero solo tocó el agua una vez antes de hundirse. «Este hombrecillo es mucho más fuerte que yo», se dijo el gigante.

Las rocas que rodeaban la playa de guijarros se adentraban en el mar y formaban una cala. El gigante agarró una y la arrancó sin esfuerzo.

—Te toca hacer lo mismo —dijo.

El pescador no era rival para el gigante en una prueba como esta, y lo sabía. Tomó una larga sogá de la barca, la ató alrededor de las rocas más grandes, y amarró el otro extremo a la barca. Pretendía con ello impresionar al gigante y, si era necesario, huir remando.

—Voy a tirar de la cuerda remando. Para mí será un juego de niños arrancar estas rocas —declaró el pescador empujando la barca en el agua.

—Detente —le suplicó el gigante—. Si arrancas esas rocas, destruirás esta cala donde me resguardo cuando la tempestad ruge. ¿Qué sería de mí sin este refugio?

—Entonces, reconoces que soy tan fuerte como tú —le contestó el pescador, que en realidad no había demostrado su fuerza.

—Casi igual de fuerte —gruñó el gigante, para no quedar mal.

Y así el pescador pudo marcharse a casa con sus peces, aunque nunca más volvió a aventurarse en aquella cala.